

**Una cosa salvaje
que conoce la muerte**

Lina María Parra Ochoa

Para mis amigos, que me salvan la vida

Algunos recuerdos no se dañan
a pesar del paso del tiempo.
Lo mismo se puede decir del dolor.
No es cierto eso de que todo lo tiñe y lo arruina.

HAN KANG

No se puede escribir sobre lo perfecto.

AFRA MARÍA OCHOA DOMÍNGUEZ

El lento e imperceptible retiro de las aguas

Para mi tía Afra

Desde su pieza en el segundo piso, arriba del Grill Discotec Las Manzanas, la jueza promiscua municipal del municipio de Carepa miraba por la ventana la marcha de la camioneta que llevaba a los muertos hacia Apartadó. Era roja y cruzaba lento por una de las dos únicas calles del pueblo. Afra no sabía si el conductor reducía la velocidad porque entendía lo terrible de su carga o si tenía motivos más mundanos, como no dañar el carro del patrón con los huecos y las piedras de esa vía sin pavimentar. Aun así, agradeció su paso lento para poder despedirse, aunque fuera desde la ventana de su cuarto, mirando no ya las caras de sus amigos sino las formas de sus cuerpos empacados en las bolsas negras reglamentarias de la investigación judicial. La música de la discoteca de abajo de su casa retumbaba desde temprano pero ya, después de tantos meses, Afra había aprendido, si no a olvidarla, por lo menos a aguantarla como parte del paisaje durante el día, porque en la noche seguía sintiéndola como la primera vez. Desde que había empezado su trabajo

como jueza no dormía una noche entera, si mucho cuatro horas, y de resto se robaba pedacitos de sueño en el escritorio del juzgado cuando nadie la veía, o después de almuerzo en la cantina de doña Minta, donde recostaba su silla contra la pared y se cubría la cara con un periódico para echarse una siestica sin que la gente se diera cuenta de que la que estaba ahí despaturrada era la jueza jovencita que había venido hacía unos meses desde Medellín. Solamente los domingos doña Minta, tan querida ella, le advertía que no se fuera a aparecer por la cantina, que ese día andaba siempre llena de borrachos con machete buscando tropel, por lo que le mandaba su almuerzo a la casa y Afra se pasaba el resto del día encerrada escuchando la algarabía de ese pueblo chiquito que crecía el fin de semana con todos los hombres que bajaban de las fincas cercanas a beber, a apostar y a pelear. Siempre a pelear. Ese era el pan de cada día en su trabajo, resolver hurtos, resolver accidentes de tránsito y sobre todo resolver pleitos. Que este le sacó un puñal a aquel y entonces que aquel le mandó un machetazo para que aprendiera por alzado y que este entonces casi pierde la mano y que ya no puede jornalear doctora y que el patrón lo echó de la finca, pero que entonces para qué anda por ahí buscando pleito con puñal en mano, que quién lo manda, que por fanfarrón y camaján.

Más allá del pueblo estaba la selva, en ese entonces todavía dura y casi impenetrable, apenas ahuyentada por los potreros y campos monocultivados. Sin embargo Afra sentía que ese pueblito al que había llegado por lotería y del que probablemente no se habría ido si no hubiera pasado lo

que pasó, era una isla en medio del río verde de la selva. Hacia arriba estaba Chigorodó, hacia abajo Apartadó. Carepa era apenas una pausa en el camino, un cruce de calles con más cantinas que casas, como uno de los pueblos de las novelas del Viejo Oeste que tanto le gustaba leer a su papá. Cuando la camioneta roja se perdió a lo lejos, más allá de lo que se podía ver desde su ventana, Afra sintió que se le agarrotaba el pecho y le faltaba el aire, pero no se alarmó. Estaba acostumbrada a un asma que, desde su infancia, trataba de ahogarla sin tregua y ella a no dejarse. Sabía cómo aguantar lo suficiente para buscar en el noyero el polvo Isabar. Cada respiración sonaba como una bomba desinflada en su garganta y sentía unos dedos que se cerraban apretando sus pulmones hasta que no podía entrar nada en ellos. Afra se ahogaba rodeada del aire que sus bronquios no eran capaces de respirar. Del cajón del noyero sacó el frasco con el polvo, la tapa de aluminio, el cono de cartón y los fósforos. Puso un puñado del polvo gris sobre la tapa y con un fósforo lo prendió hasta que este empezó a echar un humo oloroso. Rápida, porque entendía el valor de ese humo, puso el cono sobre el polvo humeante y aspiró hondo. Entonces lo sintió, los pulmones que se abrían, el aire adentro, inflándolos. Podía respirar de nuevo. Aspiró dentro del cono hasta que estuvo segura de que no quedaba nada, no le gustaba desperdiciar. Luego volvió a lo que estaba haciendo. Empacaba en bolsas de plástico su ropa y las pocas cosas con las que había llegado. Quería que fueran varias bolsas, no muy llenas, para que no llamaran la atención, para que no parecieran equipaje sino cualquier cosa que alguien

puede llevar en la mano cuando tiene que hacer vueltas de un pueblo a otro. Con cuidado dobló sus camisas, algunos pantalones y un par de vestidos. Dejó separadas una blusa blanca con florecitas amarillas que iba a regalarle a doña Minta, y otra de rayas azules y blancas que le daría a doña Celsa. Confiaba en ambas mujeres, quienes la habían recibido como a una hija perdida y encontrada desde que llegó al pueblo. Puso todo en orden sobre la cama para que a doña Celsa le quedara fácil sacar las cosas más tarde, salió de su casa y cerró la puerta. En las escaleras por las que bajaba al primer piso la música hacía temblar las paredes de cemento contra las que Afra se recostó para dejar que el retumbar la invadiera. Pensaba que, sin la música, solo el movimiento parecía un rugido cavernario surgiendo de la tierra misma, algo grueso y antiguo que se quejaba muy en el centro del planeta, un animal del monte parecido a ese que bramaba metido en el bosque de su infancia, mientras ella, acostada en su cama y cubierta de cobijas gruesas que la protegían del frío, lo escuchaba a lo lejos a las afueras del pueblo, apenas como un eco terrible. Se imaginaba un toro negro perdido entre la vegetación de la montaña, bravo, echando humo por las ñatas. Se imaginaba un verraco enorme y peludo, con colmillos largos, chillando sus chillidos roncós. Aun así, el Grill Discotec Las Manzanas era otro animal, otro bramido brotaba de sus entrañas, más metálico, más afilado, pero para ella igual de amenazante. Y a Afra, mientras salía y cerraba la puerta con doble llave, la sorprendió ese miedo infantil que hacía tiempo no la visitaba. Ese miedo al animal del monte. Ella, apenas una niña de siete años, sentía

que había una bestia invisible que la perseguía acechante, esperando el momento de mandarle el guascao, de arrancarle el pedazo, de masticársela viva. Había algo que tarde o temprano iba a agarrarla, por más que ella se escondiera.

Cruzó la calle destapada y avanzó un par de cuadras hasta la cantina de doña Minta. En la mano llevaba una bolsa con las blusas para las señoras y colgada al hombro y bien agarrada con la otra mano, su carterita de cuero café, siempre al paso apurado del miedo que ya apenas si podía disimular. Tal vez eso que amagaba con agarrarla desde hacía tanto tiempo finalmente la había alcanzado ahí en ese pueblo caliente y lejano.

A la cantina, Afra llegó más empujada por el calor y la humedad de la tarde que llevada por sus piernas. Todavía no era capaz de respirar del todo bien y con ese aire húmedo le parecía aún más difícil, como si estuviera tragando agua. Doña Minta la saludó igual que siempre. Le dijo doctora. Todos en Carepa le decían doctora. Afra le recibió el tinto que le ofrecía, negro e hirviendo, como aprendió a tomarlo de su mamá, porque no había nada mejor para el calor de ese pueblo que un tinto ardiente, de esos que escaldan la garganta hasta dejarla insensible. Se sentó en una mesa a esperar a doña Celsa con la que había quedado de verse en una hora para entregarle las llaves de su casa y por ahí derecho la blusita que quería regalarle. Mientras tanto se distrajo conversando con doña Minta, que aprovechaba la visita de la doctora para ver qué chismes le podía sacar de cosas del juzgado, pero esa tarde no hubo mucha conversa. Afra estaba intranquila, ese miedo que no se le despegaba desde que